

Sobre la historia de las civilizaciones

Por Antonio FERNANDEZ GARCIA

Catedrático de Geografía e Historia del Instituto «Lope de Vega» de Madrid, ocupa ahora la cátedra de su asignatura en el Instituto Nacional de Bachillerato a Distancia.

Obtuvo Premio Extraordinario en la Licenciatura («El campesino español bajo la Restauración. Aproximación a sus estudios») y en el Doctorado («El abastecimiento de Madrid en el reinado de Isabel II». Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, C.S.I.C., 1971), y fue número uno en las Oposiciones a Cátedras de Institutos Nacionales de Enseñanza Media.

Ha sido becario del Instituto «Jerónimo Zurita», del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y viene ejerciendo la docencia en la Universidad Complutense como encargado de curso de «Historia Social de la Edad Contemporánea Española» y de «Historia Contemporánea».

Es miembro del Instituto de Estudios Madrileños y coautor de varios libros de texto («Demos II», «Orbe 7.º», «Orbe 8.º» y una historia de las civilizaciones, «Occidente», Editorial Vicens Vives).

Estas reflexiones están solicitadas por la introducción en los estudios de bachillerato de una historia de las civilizaciones (*). Una clarificación conceptual puede contribuir a enfocar la nueva disciplina, cuyo enunciado responde a una concepción de la historia en la que la atención a las personalidades excepcionales ha sido desplazada por el estudio de las sociedades, y los hechos singulares e irrepetibles —según las categorías de Poincaré— por fenómenos perdurables —los braudelianos procesos de larga duración, el plano que Eiras ha llamado de «no acontecer, el de las realidades, materiales profundas» (1)—, en el que habría que integrar también el de las realidades espirituales profundas. P. Conard-Malerbe, al afirmar que la historia estudia las sociedades humanas en su devenir, ha especificado que «son los hombres reunidos en grupos sociales, sobre un espacio determinado, en un momento dado» (2); dimensiones colectivas, ámbito espacial y ámbito temporal formarían la trama de la realidad histórica.

Para perfilar el concepto y contenido de una historia de las civilizaciones atenderemos a tres tipos de cuestiones:

1. Las modernas concepciones historiográficas y el apelativo de historia de las civilizaciones.
2. Elementos constitutivos de las civilizaciones.
3. Interés justificativo de esta disciplina; el proceso hacia una civilización universal.

I. LAS MODERNAS CONCEPCIONES HISTORIOGRAFICAS

1. Evolución en el concepto de historia

Tradicionalmente la historia se ha ocupado de los hechos memorables; con este propósito redactó Herodoto su «Historia de las guerras médicas», el más antiguo libro de historia occidental conocido. Como a los niños, atraídos por héroes reales o fantásticos, también a la Humanidad el acontecimiento o el hombre excepcional le impresionaba de forma excluyente. Pero ya en los historiadores griegos se señalan dos formas diferentes de enfocar la realidad; Herodoto escribe una epopeya de acentos épicos; Tucídides efectúa un análisis del sistema político ateniense y pone en boca de Pericles, en una de las más bellas muestras de la oratoria política, la «Oración fúnebre», frases de entusiasmo por los fundamentos y funcionamiento de la democracia ateniense; e inicia, por otra parte, un intento de conexión de causas y acontecimientos, que ha sido denominado historia genética. En Herodoto encontramos la historia-relato, en Tucídides se intenta la historia-análisis. La orientación de Herodoto predominó durante siglos en la literatura historiográfica. Las crónicas y anales recogen hechos sobresalientes, lo que Tuñón de Lara ha llamado «espuma de la historia», que supone una receptividad infantil, observa el color de las olas y prescinde de las profundidades. Es la historia sin documentos, que tiene un carácter pragmático o apologético. Los cronistas son secretarios de propaganda de los reyes. Así fue López de Ayala en el siglo XIV o Hernando del Pulgar para los Reyes Católicos. Fernán Pérez de Guzmán, en el prólogo de sus «Generaciones y semblanzas», considera objeto único de la historia el relato de batallas, guerras y sucesos políticos. Luis Cabrera de Córdoba, en

«De la historia, para atenderla y escribirla», acentúa más esta óptica y subordina la historia a las necesidades de la política, permitiéndose falsedades o silencios.

¿Puede admitirse que esta concepción narrativa y política refleje la vida de la humanidad? ¿Dónde están los hechos cotidianos y colectivos? Recordemos que una de las más interesantes colecciones de historia lleva por título «La vie quotidienne». ¿Cómo vivía el hombre? ¿Cómo moría? En el reinado de Felipe en el imperio español «no se pone el sol»..., pero se escribe el «Lazarillo», la novela del hambre... ¿o es la picaresca literatura de evasión? (3).

Poco a poco los pensadores más claros comienzan a manifestar un criterio más amplio y exigente. Luis Vives opina que la historia no puede ser sólo relación de guerras, sino que ha de atender a la exposición de la vida civil y política. Baltasar de Cespedes en 1600, en su «Discurso de las letras humanas», estima que la historia debe contener las novedades, análisis de los gobiernos, descripciones sobre las costumbres, en suma, «tener noticia de aquellas cosas tanto de paz como de guerra de la misma manera que las tenemos de las nuestras». Deben interesar a la historia las mismas cosas que interesan al hombre normal en su vida. Estos datos los buscan Zurita y el p. Mariana en documentos, pero se limitan a una labor de recopilación, sin actitud crítica.

La crisis del concepto tradicional de historia data del siglo XVIII (4). Voltaire termina con la historia-relato, aunque todavía prescinde del pueblo —es significativo que «El siglo de Luis XIV» sea un título—, pero las cortes y batallas no son consideradas ya como la única realidad. Algunos años antes, en España, la personalidad enciclopédica del p. Feijoo había subrayado la necesidad de ampliar el contenido de los libros históricos y la del historiador de

poseer un conocimiento básico de materias diversas. En la misma línea el conde de Fernán Núñez, en sus discursos «De la historia y de la verdad de la historia, pasión en ella y otros escritos», se muestra partidario de incluir de manera general medicina, poesía, leyes, creencias. Campomanes, en repetidas ocasiones, expresa sus inquietudes sobre la historia en uso. «Las historias comunes refieren negociaciones, ligas, guerras y tratados de paz... Ignoran la constitución civil y el derecho público de la nación y de sus relaciones con las comarcas. De donde resulta que las historias corrientes suelen estar llenas de sueños y cosas inexactas, faltando las noticias políticas, económicas y militares que pudieran servir de sólida instrucción.» Superando los prejuicios de un patriotismo mal entendido, que se cifraba en subrayar sólo las excelencias de la nación, del que también se quejaba Feijoo, aseguraba que prestaría más servicio al país quien pusiera de relieve los errores y problemas de nuestra constitución y nuestra economía. Juan Pablo Forner, en sus «Reflexiones sobre el modo de escribir la historia de España», se expresa en términos parecidos. En Capmany, «Memorias históricas sobre la marina, comercio, navegación y artes de la antigua ciudad de Barcelona» (1779) y, y Masdeu, «Historia crítica de España y de la cultura española» (1783), se

(*) Este artículo fue redactado en octubre de 1975.

(1) Introducción al tomo IV de «Historia del mundo moderno». Cambridge, Barcelona, Sopena, 1974, p. V.

(2) P. Conard-Malerbe: «Guía para el estudio de la historia contemporánea de España». Madrid, Siglo XXI, 1975, p. 4.

(3) V. Félix Brun: «Hacia una interpretación sociológica de la novela picaresca», y Charles Aubrun: «La miseria en España en los siglos XVI y XVII y la novela picaresca», en *Literatura y Sociedad*. Barcelona, Ed. Martínez Roca, 1969.

(4) V. Cassirer: «Die Philosophie der Aufklärung», 1932. Capítulo dedicado a la historiografía del siglo XVIII. También Ditthey: «El siglo XVIII y el mundo histórico».

ve más clara esta doctrina cumular, considerando a la historia como un todo, como una historia de la civilización. No hacen más que abundar en la postura expuesta sin ambages por el p. Sarmiento en sus «Memorias para la historia de la poesía y de los poetas españoles» (1775), al asegurar que la historia «debe instruir a los hombres, presentándoles los sucesos más memorables no sólo los belicosos, sino también físicos, cosmográficos, morales, teológicos y literarios». De entre todos sobresale por su penetración y modernidad Jovellanos (5), quien, en su «Discurso de recepción en la Academia de la Historia» (1780), se queja del sistema narrativo imperante y solicita una historia crítica y total —diríamos con términos actuales.

Estas consideraciones de teorizantes y metodólogos no fueron en general estimadas, y los libros de historia siguieron reservando sus páginas de forma casi exclusiva para los temas bélicos y diplomáticos. Las concepciones de historia total se materializan en Francia en el siglo XIX en la obra de Francois Guizot, en la que aparece el estudio de las clases sociales, y más aún en la de Michelet, que convierte al pueblo en protagonista de la historia. En Alemania se da un paso decisivo, con Ranke, en la utilización de las fuentes, pero no se renovaron los métodos de trabajo.

De otros campos extraerá la historia su metodología renovada. En el último tercio del siglo XIX sitúa Georges Lefebvre el nacimiento del método histórico moderno (6). Aún a riesgo de simplificar, podría decirse que la «nueva historia» se debe a la confluencia de tres corrientes: la renovación de la geografía en la cátedra de Vidal de la Blanche, que estimula trabajos de relación y síntesis; la revolución en la economía y en la aplicación de la economía a la historia, desplegada en la obra ingente de Marx, cuyos presupuestos teóricos, cuyos mode-

los de análisis y cuyos procedimientos metodológicos no han dejado de ejercer un influjo decisivo, como ha expuesto Pierre Vilar (7), y la aportación de la sociología, a través de la revista «L'Année sociologique», fundada por Durkheim en 1897, en cuya línea se iban a mover muy pronto Marc Bloch, Pigniol, A. Marthiez, etc., y más aún a partir de Francois Simiand, que crea en 1903 la «Revue de Synthèse», y combate en un artículo de ese año, «Método histórico y crisis sociales», la metodología tradicional, centrada en un análisis positivista del hecho, de Segnobs, abogando por la incorporación de los métodos sociológicos a la historiografía. Frente al hecho aislado, que sólo ocurre una vez, Simiand se esfuerza por descubrir constantes, para lo que es preciso estudiar los fenómenos de naturaleza social. En España la concepción totalizadora aparece en la obra de Rafael Altamira, «Historia de la civilización española» (1902), pero su sistema de yuxtaposición de planos implica una metodología arcaica; la renovación procederá de los grandes medievalistas, Menéndez Pidal y Caludio Sánchez Albornoz.

Antes de la primera guerra mundial la polémica entre Sombart y Pirenne resultó fecunda para la apertura de nuevos caminos. Sombart se apoyaba en grandes concepciones sintéticas; Pirenne partía más modestamente del análisis crítico de los documentos y rechazaba interpretaciones que no tuvieran una apoyatura documental. Los dos comenzaron el estudio de la génesis del capitalismo y sus posiciones se enfrentaron en los congresos de historia de Heidelberg (1903) y Londres (1911).

La incorporación de los métodos de análisis de la sociología se debe a Max Weber (8). En dos grandes síntesis plantea la construcción de categorías o «tipos ideales», a las que sólo intuitivamente se referían los historiadores (9). Weber, al interpretar la economía socioló-

gicamente y evitar la tentación de la abstracción, traza también caminos a la historia económica. Su trabajo de mayor trascendencia para los estudios historiográficos se ocupó de la relación entre la ética protestante y el desarrollo del capitalismo. Discutido, defendido, revisado, este planteamiento estructural, que interpola lo ideológico con lo económico, trazó un amplio camino de investigación, seguido después por Amintore Fanfani, Pierre Vilar, Christopher Hill, Rudolf Braun, Mc Kendrick, Coleman, S. Landes, Gerschenkron, Dobb, Ways, etc. (10).

El año 1929 es trascendental para los estudios de historia; Marc Bloch y Lucien Febvre fundan los «Annales d'Histoire Economique et Sociale», que desde 1939 se denominaron «Annales d'Histoire Sociale»; en los años 1942 a 1944 aparecieron intermitentemente con el título de «Melange d'histoire sociale» y reaparecieron, aunque con la pérdida de Marc Bloch, en 1945 con su nombre de preguerra y desde 1946 con el de «Annales. Economies, Sociétés, Civilisations». El método de los Annales está tomado de la sociología de Durkheim, en concreto de «La división del

(5) V. Sánchez Albornoz: «Jovellanos y la Historia», en *Españoles ante la Historia*. Buenos Aires, Losada, 1958.

(6) George Lefebvre: «El nacimiento de la historiografía moderna». Barcelona, Martínez Roca, 1974.

(7) Pierre Vilar: «Marxismo e Historia», en *Crecimiento y desarrollo*. Barcelona, Ariel, 1964. Y en su artículo «Histoire marxiste, histoire en construction. Essai de dialogue avec Althusser». «Annales», enero-febrero 1973, p. 165 y ss.

(8) En la obra más difundida de Max Weber: «Historia económica general». México, Fondo de Cultura Económica, 1974, confluyen los métodos de la economía y la sociología.

(9) Una puesta al día de métodos y fuentes en «L'histoire sociale Sources et méthodes. Colloque de l'Ecole Normale Supérieure de Saint-Cloud (15-16 mai 1965)». Presses Universitaires de France, 1967, 298 p. En el coloquio intervinieron exclusivamente historiadores: Labrousse, Soboul, A. Blanc, P. Goubert.

(10) V. «Estudios sobre el nacimiento y desarrollo del capitalismo» (varios autores). Madrid, Ayuso, 1971.

trabajo social» (11), por medio de las aportaciones de M. Halbwachs. Los hechos económicos y sociales comienzan a ocupar el primer plano y la historia se concibe no como una recopilación de datos, sino como un planteamiento de problemas que es preciso resolver. La revista creada por los dos grandes historiadores franceses revolucionó los métodos de trabajo, no sin suscitar grandes resistencias. La estadística histórica, la demografía histórica, la metrología histórica, comenzaron a tomar carta de naturaleza y a ser tema de ponderación y controversia.

Con métodos que se diferencian radicalmente de los del siglo XIX trabaja una auténtica pleyade de historiadores: Hauser y Febvre en Francia, Pirenne en Bélgica, Power y Clapham en Inglaterra, Heckscher en Suecia, Sombart en Alemania, Dopsch en Austria, Rutkowsky en Polonia. Las aportaciones metodológicas fueron continuadas por Labrousse, Braudel, Pierre Vilar, Konetzke, Vicens, Witold Kula..., la lista podría ser muy larga. Especialmente relevante ha sido la aportación metodológica de Ernest Labrousse, que sucedió a Bloch en su cátedra de la Sorbona (12). El rigor de su método, comparando fuentes, calibrando su valor por la constatación con la documentación de control; su procedimiento de medias móviles para la fijación de las series de precios, la relación de precios y salarios... constituyen directrices y modelos de método de análisis.

A partir de los «Annales» y de la obra de Labrousse se habla insistentemente de historia social. Se ha pasado del estudio de lo individual a lo colectivo y de la valoración de las actividades del espíritu al análisis de lo cotidiano, de las necesidades materiales. Pero ni lo individual ni lo espiritual pueden ser olvidados. La realidad histórica exige una atención múltiple a la múltiple realidad de la vida humana. El peligro del monopolio

de la economía ha provocado ya resultados extraños: en algunos manuales se ha sustituido de forma evidente el «acontecimiento político» por el «acontecimiento económico», y a las largas listas de dinastías han sustituido largas series de tablas estadísticas. Si no se integran estos datos en un conjunto la entraña se quedará oculta detrás de una cortina, tejida bien con guerras y paces bien con cifras de exportación e índices de productividad. Son certeras las palabras de Pierre Vilar: «lo económico, más lo social, más lo político, más lo ideológico y espiritual, es igual a lo histórico. La historia es totalidad que no puede ser recortada en pedazos o sectores» (13).

2. La palabra «civilización»

El término «civilización» no se utiliza hasta el siglo XVIII. Braudel dice que aparece «casi furtivamente» (14). En el año 1756 se publican dos obras interesantes: el «Essai sur les Mœurs et sur l'Esprit des Nations», de Voltaire, y el «Tratado de la población», de Mirabeau. Voltaire, que renueva la concepción de la historia, no utiliza todavía el término, aunque en las páginas de su libro desarrolla el concepto. La vida, para el filósofo ilustrado, es «costumbres y espíritu», modos de pensar, de sentir, de actuar (15). Mirabeau, padre del tribuno revolucionario, utiliza varias veces el vocablo, al hablar de «resortes de civilización», etc. (16).

En 1768, Ferguson (17) sistematiza los datos que viajeros, naturalistas y etnógrafos recogen, de pueblos y sociedades no europeas, y establece los tres conceptos de *salvajismo*, *barbarie* y *civilización*, fundamentales ya en todos los estudios de etnología. Lo civilizado se opone a lo bárbaro y representa un estadio superior en la evolución de la humanidad. En los dos primeros estadios introduciría Morgan (1871) los tres niveles de alto, medio y

bajo, y a partir de ellos establecerían Graebner y Schmidt sus grandes tablas clasificatorias.

A utilizar y elucidar el concepto de civilización contribuyó de forma decisiva la obra de Darwin. Durante muchos años los estudios de etnografía y etnología se movieron sobre presupuestos evolucionistas, desde la obra de Herbert Spencer hasta la de Taylor, quien distinguía en todas las civilizaciones un basamento y un grado de desarrollo: «Por un lado, la uniformidad que penetra tan ampliamente la civilización puede adscribirse, en gran medida, a la acción uniforme de causas uniformes, mientras que, por el contrario, sus diversos grados pueden considerarse como estadios de desarrollo o evolución, siendo cada uno el resultado de la historia anterior y estando en disposición de desempeñar el papel que le es propio en la realización de la historia del futuro» (18).

En el siglo XX se inicia con Elliot Smith la escuela difusionista; la civilización no es un estadio al que se pueda llegar por sí mismo a partir de la barbarie; el progreso exige la intercomunicación. Más tarde los

(11) V. estudio preliminar de Pierre Birnbaum a la edición española de Emilio Durkheim: «El socialismo». Buenos Aires, Schapire, 1972.

(12) E. Labrousse: «Fluctuaciones económicas e historia social». Madrid, Tecnos, 1973.

(13) La cita en Tuñón de Lara: «Metodología de la historia social». Madrid, Siglo XXI, 1973, p. 11. Las distintas orientaciones de la historia han sido sintetizadas por P. Vilar: «Histoire generale et histoire economique», en *Mélanges de la Casa de Celáñez*, t. V (1969), p. 480 y ss.

(14) Braudel: «Las civilizaciones actuales». Estudio de historia económica y social. Madrid, Tecnos, 1969. Libro fundamental para comprender el enfoque histórico de las civilizaciones. Previo al estudio de las más importantes civilizaciones vivas se analiza el término y concepto de civilización.

(15) V. estudio de Ortega y Gasset en «Caracteres y circunstancias». Madrid, Aguado, 1957.

(16) V. en Braudel, o. c., p. 12.

(17) Ferguson: «Essay on the History of Civil Society». Edimburgo, 1768.

(18) La cita en Childe: «La evolución social». Madrid, Alianza Ed., 1973, p. 13.

funcionalistas ponen el acento en el carácter original de cada civilización; por ejemplo, los egipcios no conocieron la rueda hasta la invasión de los hicsos, porque el establecimiento de la población a lo largo de un valle fluvial motivó que el transporte por tierra fuera mínimo. Aparece en los funcionalistas la importancia del espacio y del análisis de la estructura de las civilizaciones, puntos sobre los que insistiremos.

Desde hace doscientos años, desde que se utiliza el término, la civilización designa un estadio superior en la evolución de las sociedades. Vocablo fundamental en etnología, las sucesivas escuelas han discutido la relación o la influencia entre las civilizaciones o los rasgos diferenciales, pero han aceptado que designa un nivel superior de organización social. Así lo ha expresado Gordon Childe:

«El resultado final —la civilización— fue concretamente muy diferente en cada caso. Sin embargo, en todas partes significó la aglomeración de grandes poblaciones en ciudades; la diferenciación en el seno de éstas de productores primarios (pescadores, agricultores, etc.), artesanos especialistas de plena dedicación, mercaderes, funcionarios, sacerdotes y gobernantes; una concentración efectiva de poder económico y político; el uso de símbolos convencionales (la escritura) para registrar y transmitir la información e igualmente patrones convencionales de pesos y de medidas de tiempo y espacio, que condujeron a la ciencia matemática y al calendario» (19).

Si para etnógrafos y etnólogos el término civilización parece ofrecer unos perfiles claros no ha sido así para filósofos o sociólogos. Con cierta frecuencia se ha considerado sinónimos civilización y cultura; hacia 1830 Hegel los utiliza indistintamente. Juntos circularon los dos vocablos mientras se concedió al término civilización la doble adscripción semántica de valores morales y

materiales de una comunidad. Pero los sociólogos han esquivado esta identificación semántica; Tönnies (1922) ha designado con el nombre de civilización el conjunto de técnicas con que el hombre puede dominar la naturaleza, cultura sería el conjunto de los valores morales y los conocimientos estrictamente teóricos. Alfred Weber (20) también distingue los dos ámbitos, pero muestra preferencia por el término cultura; en su obra distingue las de primer grado (china, india, egipcio-babilónica), de segundo grado (judía, mediterránea) y de tercer grado (eslavobizantina, islámica, occidental). Cada grado aprovecha utensilios materiales anteriores: los primeros, en conjunto, constituyen la civilización; los segundos, una forma de asumirla o aprovecharla (21). Los antropólogos han empleado el término cultura para designar un estadio inferior, previo al de civilización; algunos prefieren hablar de cultura siempre, así Ralph Linton, quien considera como la base de la vida social a la conducta, elaborada a base de movimientos y actitudes determinadas por el paso de la corriente nerviosa a través de las neuronas y sinapsis, «la acción de pensar es también una cuestión de arcos reflejos, como puede serlo el guiñar un ojo» (22).

En lenguaje familiar —y literario— se acepta que, como adjetivos, civilizado y culto designen dos conceptos diferentes. Un hombre civilizado, que disfruta de una serie de adelantos materiales (coche, televisor) puede no ser un hombre culto. Ortega y Gasset en uno de sus ensayos de «El espectador», «El Quijote en la escuela», distinguía entre la civilización como uso de mecanismos o técnicas, políticas, industriales, etc., y la cultura —pensar científico, moral, artístico—. Aunque la distinción entre el utillaje material o práctico de una sociedad y su utillaje mental no parece difícil, los historiadores, cuando hablan de civilizaciones, no se circunscriben al ám-

bito de lo material, del dominio sobre la naturaleza, y prefieren considerar, en línea con los etnólogos, que la civilización es un nivel de organización y de contenidos de una sociedad, que presenta dintornos y estructuras peculiares. La historia de las civilizaciones debe, por tanto, atender al doble ámbito de lo material y lo espiritual.

3 Las civilizaciones en plural

El historiador del positivismo miraba con recelo todo lo que pudiera suponer interpretación filosófica de la historia; en el siglo XX, en el polo opuesto, se ha llegado a dar tanta importancia a la construcción teórica que la realidad es a veces sólo un punto de partida o pretexto. Algunas de estas construcciones teóricas, a las que se ha dado el nombre un tanto convencional de historias de la civilización, han llegado a tener una difusión enorme, es lo que ocurre con las famosas interpretaciones de Spengler y Toynbee. Entre alabanzas de periódicos, asombro de eruditos y panegíricos académicos, estos libros brillantes, auténticos vuelos de águila sobre el paisaje de la historia, han llegado a considerarse poco menos que biblias, libros sagrados de la historiografía, y sus «Moisés» han dejado caer, de vez en vez, juicios desdeñosos para la labor de topes de documento y archivo en que se ha basado el trabajo de los historiadores.

En el punto antípoda de Ranke, para quien el historiador no debe nunca «elaborar conceptualmente y por anticipado lo general, como hace el filósofo», Spengler, recogiendo in-

(19) Gordon Childe, o. c., p. 169.

(20) Alfred Weber: «Historia de la Cultura». México, Fondo de Cultura Económica, 1960.

(21) Una aclaración de conceptos en Regis Jolivet: «Definition et sens de l'Histoire», en *L'homme et l'histoire*. Actas del VI Congreso de las Sociedades de Filosofía de lengua francesa, 1952.

(22) Ralph Linton: «Estudio del hombre». México, Fondo de Cultura Económica, 1960, p. 77.

flujos de Nietzsche, Bergson, Simmel, Guglielmo Ferrero, y unos presupuestos de hiperbiologismo, que se hundan en Darwin, redacta su «Decadencia de Occidente», con el deseo de elaborar una síntesis de historia universal que superase la actitud pacata del historiador, encadenado a lo concreto. Aunque no faltaron las críticas, por ejemplo la de Meinecke y la de Ernst Troeltsch (23), quien comprobó que Spengler trabajaba sólo con literatura de carácter secundario, su obra «hormiguea para desesperación del crítico o del comentarista de datos falsos, de afirmaciones fantásticas y de analogías equivocadas; falta casi por completo una fundamentación crítica de los hechos aducidos, más aún: la necesidad misma de ella», en general la interpretación provocó la admiración y el pasmo. Redactada bajo el trauma que padece Alemania tras la guerra y Versalles, la interpretación biológica de la decadencia como una fase de senilidad traduce claramente el pulso de una Europa deprimida. Con una sistemática extraída de las ciencias naturales, el pensador alemán concibe la historia como una serie de civilizaciones, organismos vivos que se desenvuelven desde el nacimiento a la muerte. En su etapa creadora la civilización es una cultura; luego pierde su capacidad de innovación, envejece y muere. Los grandes ciclos culturales están absolutamente incomunicados entre sí y cada ciclo se ve condenado a retornar a los mismos grados y pasar por los mismos estadios que los precedentes. Es seductora su visión del ciclo mágico y del ciclo fáustico (34). La regularidad de los procesos es tal que el historiador está facultado para reconstruir las piezas que faltan, y llenar hipotéticamente las lagunas que presentan las fuentes. Los saltos sobre el tiempo y las semejanzas de culturas y períodos permiten hablar de «Augusto chino», «barroco egipcio», «merovingio hindú». La obra, de arquitectura grandiosa, ofrece peligros para los

estudios históricos. Hans Herzfeld cierra su crítica con estas palabras: «El resultado final de una valoración de su obra vital es, en definitiva, una admonición imposible de despreciar sobre los peligros de un pensamiento histórico cuya obstinación constructiva cree tener derecho a menospreciar la instancia crítica de una investigación individualizadora y garantizada por una rigurosa compulsión crítica, y al mismo tiempo intenta emprender la tarea de tender ese puente entre presente y pasado... sin la cautela vinculada a la modestia del arquitecto, esa cautela que jamás debe perder de vista los límites de nuestro saber y de nuestra capacidad» (25).

Más repercusión ha tenido el «Estudio de la historia», de Toynbee. Su extensión, en número de páginas, la ha convertido en verdadera pirámide de los libros de historia. También Toynbee, que toma de Spengler bastantes conceptos, aunque con nombres diferentes, busca el objeto de la historia fuera de la cronología y las fronteras nacionales, y lo encuentra en las sociedades y civilizaciones. Las civilizaciones mueren, pero antes prolongan su existencia constituyendo imperios universales, solución para dos o tres siglos. Los imperios terminan siendo derribados, pero antes de su caída una iglesia universal se ha instalado y salvará una serie de elementos. Estado parroquial, estado universal, religión universal, son tres estadios de evolución. El aspecto más conocido de la interpretación toynbiana es su ley del «reto y la respuesta». Las dificultades del medio suscitan una respuesta del hombre, de donde se infiere que las civilizaciones creadoras surgen en medios hostiles y no en medios acogedores. Desde su atalaya Toynbee no sólo interpreta el pasado, sino que se atreve a profetizar el futuro.

Las reacciones ante «El estudio de la historia» han sido de entusiasmo o de hostilidad. Ortega y Gasset, criticando muchas de sus afirmaciones, le

rindió el mejor homenaje, un libro entero, integrado por un curso de varias lecciones (26). Lucien Febvre le dedicó un severo artículo (27), en el que brilla la ironía; por ejemplo, ante los saltos en el tiempo que Toynbee prodiga llega a aconsejar a los hombres de negocios que basen sus informaciones sobre precios, seguros, etc., en las fluctuaciones de los precios del trigo en las riberas del Nilo durante el reinado de Ramsés II. En muchos casos se unen el respeto admirativo de sus construcciones con la crítica por pretender considerarlas construcciones históricas, así Wilhelm Berges (28). Los años han ido acumulando reparos; la crítica de Fernand Braudel, veinte años posterior a la de Lucien Febvre, resulta demolidora (29). Braudel le censura el desdén por los acontecimientos, el desperdicio del factor geográfico, insuficientemente explicado, el olvido de la prehistoria, la ausencia de referencias a las técnicas y economías y la pobreza de la base social, culminando con la reducción arbitraria a un número determinado de civilizaciones —«numerus clausus»—, había escrito con sorna Febvre. La ley del reto y la respuesta le merece al historiador francés este acre comentario: «Reduce la función del 'medio' a lo que ciertos colegas ingleses atribuían a los

(23) Hans Herzfeld: «Oswald Spengler y la decadencia de Occidente», en *Teoría e investigación históricas en la actualidad* (varios autores). Madrid, Gredos, 1966.

(24) Oswald Spengler: «La decadencia de Occidente». Buenos Aires, Espasa Calpe, 1952, t. II, capítulo III.

(25) Ortega y Gasset: «Una interpretación de la historia universal (en torno a Toynbee)». Madrid, *Revista de Occidente*, 1960.

(27) Lucien Febvre: «Dos filosofías oportunistas de la historia (de Spengler a Toynbee)», en *Combates por la historia*. Barcelona, Ariel, 1970.

(28) Wilhelm Berges: «Arnold Toynbee», en *Teoría e investigación históricas en la actualidad*. Madrid, Gredos, 1966.

(29) Fernand Braudel: «Aportaciones de la historia de las civilizaciones», en *La historia y las ciencias sociales*. Madrid, Alianza Ed., 1968, p. 131 a 200.

azotes: un educador moral, severo y eficaz.» Los saltos en el tiempo, arguyendo que cuatro o cinco mil años significan muy poco en comparación a toda la historia humana, han provocado el asombro de los historiadores.

No se debe regatear valor a estos ensayos refulgentes, en los que resplandecen la inteligencia y la poesía. Pero es peligroso otorgarles patentes de autenticidad historiográfica y considerar que el desdén por la cronología y el desprecio absoluto por los acontecimientos concretos pueden ser pautas de los métodos del futuro.

En un estudio comparado de las civilizaciones pueden percibirse paralelismos y divergencias. Los etnógrafos difusionistas han subrayado preferentemente los paralelismos, por ejemplo, el ferrocarril es una invención inglesa que se difunde al continente europeo; todo invento difundido hace más próximas y semejantes las diversas áreas culturales. En otros casos llaman la atención las divergencias. Morgan había insistido en el criterio tecnológico para caracterizar una civilización, y Marx y Engels tomaron muchos de sus ejemplos; pero los funcionalistas han demostrado que un mismo nivel tecnológico no siempre supone una misma función, en unas sociedades un invento tiene aplicaciones que en otra no posee. Gordon Childe cree que el mecanismo darwiniano puede aplicarse, en cierto sentido, a la evolución entera de las civilizaciones. «Ciertamente, la fórmula darwiniana de 'variación, herencia, adaptación y selección' puede transferirse con alguna modificación de la evolución orgánica a la evolución social, e incluso es más inteligible en este último dominio que en el primero.» El papel de la variación lo cumpliría la invención; el de la herencia social se basaría en la educación y la propaganda; la adaptación al medio se fundamentaría en la tradición; la selección en la ex-

perimentación de lo que conviene a una comunidad (por ejemplo, se acepta la vacuna) (30). La aplicación de criterios biológicos a las comunidades humanas no deja de ofrecer peligros, algunas doctrinas racistas de nuestro siglo lo han evidenciado.

Estos ejemplos, los brillantes y desenfocados de Spengler y Toynbee, los científicos y metódicos de los etnólogos, pueden confundir al historiador, cuyos ámbitos de trabajo suelen ser más reducidos que los vastos panoramas de las civilizaciones, de su marcha y de sus interinfluencias. Sin embargo, el estudio del hombre en sociedad, del que constantemente se habla desde Michelet, exige, ineludiblemente, el análisis histórico de estas realidades complejas, dotadas de un carácter mucho más perdurable que los acontecimientos.

II. ELEMENTOS CONSTITUTIVOS DE LAS CIVILIZACIONES

En el estudio de una civilización el historiador ha de atender a un tiempo a su basamento material y a sus dimensiones culturales y espirituales. Sin embargo, una historia de las civilizaciones no es una historia de la economía, ni de las religiones, ni una historia política, aunque en ella aparezcan estas vertientes capitales de la historia humana. ¿Cuáles son los elementos constitutivos de una civilización, elementos que en todo momento han de ser tenidos en cuenta, aunque su papel en cada civilización sea variable? Haremos unas consideraciones sobre los cinco fundamentales: espacio, población, economía, sociedad y mentalidad.

1. Espacio

Toda civilización se desenvuelve en un determinado espacio, tiene unos límites físicos o geográficos, y dentro de ellos una serie de circunstancias de

clima, vegetación, riquezas, perfilan algunos de sus rasgos. Se ha hablado de civilizaciones fluviales (Egipto, Mesopotamia), de imperios thalassocráticos (Atenas, Cartago, Roma), de imperios de las estepas, etc. Sobre la relación espacio-hombre se han construido algunas teorías de filosofía de la historia, como la de Ibn Jaldún, quien veía el mecanismo de todos los cambios en la invasión por los pueblos nómadas de las estepas, incitados por el hambre, de los pueblos sedentarios, hasta que perdían sus virtudes de nómadas y eran dominados por otros pueblos esteparios. Uno de los elementos fundamentales de la arquitectura, el arco y sus derivados, la bóveda y la cúpula, constituyen la respuesta mesopotámica a la carencia de piedra y la consiguiente necesidad de inventar un procedimiento de construcción diferente del arquitrabe. Los techos ingleses de paja, las casas de adobe o de bambú, las formas de vestir, señalan unas relaciones del hombre y el espacio.

En el siglo XIX el causalismo y el determinismo físicos adquirieron carácter de sistema, por la confluencia del positivismo filosófico, las teorías evolucionistas de Lamarck y Darwin y la exaltación de los factores materiales de la historia humana, que encontraron su ápice en la ingente obra de Marx. Así Comte utilizó los presupuestos lamarckianos de adaptación al medio y Taine buscó en él las diferencias entre las formas de vida y de comportamiento moral de la humanidad. En Hegel encontramos una de las más poéticas exposiciones de determinismo histórico; en la meseta, el valle y la costa surgirían tres formas diferentes de sociedad política (31), la referencia al agua se convierte en la clave de la existencia de los grupos hu-

(30) Gordon Childe, o. c., p. 183 a 186.

(31) V. conferencia de Ortega y Gasset: «En el centenario de Hegel», en *Caracteres y circunstancias*. Madrid, Aguado, 1957, p. 285 a 313.

manos. En la meseta vivir es vagabundear, no hay fuerza que obligue a la convivencia; no es posible el nacimiento de la ley ni del Estado, sólo adquieren cohesión las hordas bajo el caudillo genial. El valle fija al terreno, obliga a regirse por el ciclo de las estaciones, empuja a la convivencia bajo el imperio de las leyes; pero, por otra parte, ata al hombre, las culturas fluviales son hieráticas, inmóviles, eternamente iguales. El mar es el gran principio liberador, estimula a la movilidad, a la conquista y al comercio, a la innovación y la aventura. Con dos grandes figuras, Ritter y Ratzel, el determinismo comienza a moderar la fuerza de sus postulados. Ritter plantea la *mutua influencia entre hombre y medio*, influencia que no es constante, sino que está sujeta a mutaciones intermitentes; Ratzel introduce «un intermediario», en expresión del profesor Terán (32): «La mayor parte de la influencia que la naturaleza ejerce sobre la vida espiritual del hombre, se manifiesta a través de las condiciones sociales y económicas, las cuales, a su vez, se hallan íntimamente relacionadas entre sí» (33). Ratzel incluye entre los elementos constantes la extensión, posición y configuración, y sólo el factor tiempo es la incógnita en la marcha de una civilización.

Frente al determinismo el posibilismo, en el siglo xx, reduce el papel del medio a una posibilidad de elección. Vidal de la Blache, seguido por Brunhes, Vallaux, Demangeon, Max Sorre, etc., han negado la estricta relación causal; por ejemplo, la vocación marinera de Gran Bretaña fue importada, durante siglos nada perturbó su vida agrícola y ganadera. Así dice Pierre Gourou: «Las posibilidades están en el hombre mucho más que en la naturaleza; le han sido dadas al hombre por medio de la civilización» (34). Posteriormente el probabilismo de Spate ha supuesto una tercera postura en geografía humana.

Con la violenta requisitoria de

Lucien Febvre contra el determinismo se inició la oposición de la escuela histórica francesa contra la exageración del papel del medio. Pero la dimensión espacial de las civilizaciones ha sido tenida en cuenta en todo momento por los historiadores de la escuela. Así Braudel, que se opuso a la ley del reto y la respuesta toynbianos, «es verdad que hay reto de la naturaleza, es verdad que hay réplica del hombre, pero no es forzoso que en consecuencia surja una civilización» (35), ha hecho del espacio y de los hombres en el espacio una de las bases de su obra. Y, en general, los historiadores que se han ocupado de las altas culturas conceden al medio un papel decisivo en el nacimiento de las civilizaciones. Myres (36) basa algunas notas distintivas entre las civilizaciones egipcia y mesopotámica en las diferencias entre el Nilo, que tiene lejos las cascadas y el ceno y es un río protector, y los ríos mesopotámicos, que llevan sus inundaciones de ceno hasta la desembocadura —en Caldea la primera victoria del bien fue sujetar el dragón que encadenaba las aguas oscuras.

2. Población

Toda civilización presenta, al lado de unas dimensiones espaciales, unas dimensiones demográficas, en las que pocas veces se ha reparado. La trascendencia histórica del budismo o la del islamismo se señalan no sólo en el área geográfica por la que se expanden, sino también en la importancia numérica de los hombres que siguen sus «evangelios». Tan reciente es la aplicación de la demografía a los trabajos históricos que el investigador se encuentra con nieblas constantes cuando desea saber la población de un país o una ciudad en una fecha de la historia. Y es un dato básico, sin él la exigencia de cuantificación de la historiografía social se convierte en una utopía inalcanzable. Detrás de la triple serie natalidad, nupcialidad, mortalidad, están aga-

zapados muchos arcanos de la realidad social de una época (37). Pocas veces se ha acompañado el estudio histórico de una guerra de un estudio demográfico, olvido extraño si pensamos que fenómenos de despoblación y de migraciones son inevitables compañeros del acontecimiento bélico. El estudio de Georges Livet sobre la guerra de los treinta años (38) puede citarse como ejemplo de una nueva óptica, en la que se presta tanta atención a estas repercusiones de onda larga como al mismo proceso bélico.

Pero no es sólo, ni sobre todo, la guerra; otros ámbitos y temas exigen atención a la población. Pierre Vilar ha sintetizado un estadio de observación —demografía como signo— y un estadio de interpretación (39). En el primero deben efectuarse dos balances: cuantitativo global y estructural. El cuantitativo supone una constatación elemental y la comprobación de un aumento o disminución en un período. El balance estructural debe estudiar: a) estructura geográfica,

(32) Manuel de Terán: «La causalidad en geografía humana». *Estudios geográficos*, núms. 67-68 (1975).

(33) Ratzel: «Anthropogeographie». Stuttgart, 1899, p. 54.

(34) En «Man's Role in changing the face of the Earth». Chicago, 1956, p. 346. La cita en Terán, artículo citado.

(35) Braudel: «Las civilizaciones actuales» (v. nota), p. 24.

(36) J. L. Myres: «El amanecer de la historia». México, Fondo de Cultura Económica, 1950.

(37) Las técnicas matemáticas y una introducción a la demografía pueden encontrarse en Joaquín Leguina: «Fundamentos de demografía». Madrid, Siglo XXI, 1973. La aplicación a la historia en Wrigley: «Historia y población». Introducción a la demografía histórica. Madrid, Guadarrama, 1969; en Pierre Guillaume y Jean-Pierre Posussou: «Démographie historique». Paris, Armand Colin, 1970; y en el número monográfico de *Annales*: «Histoire biologique et société», noviembre-diciembre 1969. Para los procedimientos de la historia cuantitativa puede consultarse Roderick Floud: «Métodos cuantitativos para historiadores». Madrid, Alianza Universidad, 1975.

(38) Georges Livet: «La guerre de trente ans». Paris, col. Que sais-je?, 1963.

(39) Pierre Vilar: «Crecimiento y desarrollo», p. 52 y ss.

estableciendo, si es posible, una cartografía; b) la estructura por edades, con la construcción de pirámides escalonadas; c) la estructura funcional —población activa, trabajo de mujeres y niños, duración del trabajo, principales actividades productivas, etc.; d) ritmos demográficos, estableciendo el pulso de un movimiento continuo y las oscilaciones regulares o irregulares. En el estadio de interpretación el historiador de la demografía debe interrogarse sobre los cambios en las tasas de natalidad, de mortalidad y de migraciones —guerras, hambrunas, epidemias, etc.—, ponderar las cotas demográficas como factor de producción y de consumo y examinar, con la ayuda de hipótesis de trabajo, el papel que en el poder político de una potencia pueda jugar el incremento de sus recursos humanos.

No menor interés para el conocimiento de una civilización ofrecen los aspectos cualitativos de la demografía. La historia de las epidemias forma parte de la demografía histórica; la peste, la fiebre amarilla, la viruela y el cólera han sido enemigos temibles de la especie humana y contra ellos los pueblos se han movilizado. Es un tema en parte demográfico, en parte económico, en parte social. El historiador de la medicina, López Piñero, reconoce que la historia de la medicina posee vertientes que corresponden estrictamente al campo de la historia: «Las enfermedades y la asistencia médica son factores de obvia importancia para el estudio de la demografía y de la sociedad, y no puede justificarse desde ningún punto de vista su inclusión en un capítulo 'cultural'» (40).

Al lado de la enfermedad el estudio de la alimentación nos aproxima al nivel biológico de una civilización. La relación de la alimentación con la demografía no parece que pueda discutirse. P. Goubert ha llegado a decir: «El precio del trigo constituye casi un auténtico barómetro demográfico. La clase y frecuencia de las fluc-

tuaciones en los precios del grano controlan el tamaño y frecuencia de las crisis demográficas. Y éstas tienen gran importancia en la determinación de los movimientos de población e incluso de su tamaño.» Wrigley, al analizar la fluctuación de las poblaciones preindustriales, ha captado procesos de esta índole: «Cuando el precio del trigo era alto el número de muertes aumentaba mucho, en tanto que el número de matrimonios, así como el de nacimientos, descendía abruptamente.» Un estudio sobre alimentación ofrece no sólo relaciones con la demografía —niveles de mortalidad y morbilidad, epidemias, etc.— y con la política —resonancia de una crisis de subsistencia en una coyuntura revolucionaria—, sino también vertientes múltiples de la vida social y económica. El aspecto fiscal se refleja en el impuesto de consumos, fuente de ingresos fundamental para ayuntamientos y hacienda estatal, y en otro sentido fuente de revueltas populares, motivo de queja, con las quintas, en todo movimiento de masas en el siglo XIX español. Los aspectos administrativos, los procesos comerciales, las oscilaciones de los precios, la consideración estimativa de los distintos artículos, las diferencias sociales —artículos básicos en la alimentación de cada grupo—, el consumo individual, la confección de estadísticas y medias de consumo, la señalización de años de escasez, la transcendencia de las hambrunas en determinadas épocas, constituyen capítulos del tema de la alimentación (41).

Por último, un planteamiento de demografía dinámica, «las masas en acción», nos permite conocer una civilización no por el esplendor de su arte o por la sabiduría de sus gobernantes, sino por los problemas y la maleabilidad de los pueblos. A George Rudé —«La multitud en la historia» (42)— debemos esta cala, así como la formulación de un modelo de trabajo, en el que se estudian los movi-

mientos populares a través de los hechos, la dimensión de la muchedumbre, las víctimas, los motivos e ideas subyacentes, la eficacia de la represión, y las consecuencias y significación histórica.

3. Organización de la economía

Toda civilización está montada sobre una realidad material: riquezas naturales, técnicas para aprovecharlas, distribución de excedentes; es una realidad no estática, sometida a fluctuaciones constantes. Para una economía rural, de autoconsumo, las fluctuaciones pueden estar regidas simplemente por las alteraciones del clima; una economía industrial y diversificada depende en cambio del ritmo del comercio, de la circulación monetaria, de la mecánica de los precios. No es el factor determinante la naturaleza, sino la forma en que la producción y el consumo están organizados; las debilidades estructurales —insuficiencia de explotaciones, reparto desigual, rendimientos bajos— perfilan con más rigor la economía de una civilización que una enumeración estadística de sus po-

(40) Sobre este punto empezamos a contar con una bibliografía copiosa. La obra de J. M. López Piñero: «Medicina, historia, sociedad». Barcelona, Ariel, 1971, puede servir de introducción al tema, y completarse con la colección de monografías de los «Estudios demográficos». Instituto Balmes, C.S.C.C. No disminuye la importancia de las epidemias en el siglo XIX. Un autor tan sensible a estos temas como Eiras habla de «efectos poco considerables de algunas epidemias de fiebre amarilla o de cólera morbo» (introducción al t. X de la «Historia del mundo moderno», de Cambridge, p. VII), cuando en algunas muertes más de 300.000 personas, sólo en España (a estas invasiones epidémicas hemos dedicado varios trabajos: «La epidemia de cólera de 1854-55 en Madrid», en *Estudios de Historia contemporánea*. C.S.I.C., 1976, y otros en prensa).

(41) Hemos desarrollado estos puntos en Antonio Fernández García: «El abastecimiento de Madrid en el reinado de Isabel II». Madrid, Instituto de Estudios Madrileños (C.S.I.C.), 1971.

(42) George Rudé: «La multitud en la historia». Buenos Aires, Siglo XXI, 1971. El modelo de trabajo en las páginas 19-20.

sibilidades naturales. Dos aspectos llaman la atención: las fluctuaciones y el reparto de excedentes.

Los historiadores de la economía se han encontrado con fenómenos que ofrecen un ritmo, una pulsación, y que poseen una duración. Para estudiarlos han tenido que prescindir por completo de las medidas de tiempo habituales (siglos, reinados). Movimientos cíclicos y crisis han ofrecido nuevas perspectivas de estudio (43).

Los mecanismos económicos responden a pulsaciones periódicas denominada ciclos, investigadores concienzudos han podido medirlas. Kitchin en 1923 estudió oscilaciones de tres años y medio de promedio; son los «ciclos menores o ciclos Kitchin». Anteriormente Clement Juglar había medido oscilaciones mayores, oleadas sucesivas de expansión y depresión, que estarían enmarcadas en períodos de unos ocho años, medida que obtuvo también Alvin Hansen; son los «ciclos mayores o ciclos Juglar». El economista ruso Kondratieff ha realizado los estudios más fecundos, estableciendo oleadas sucesivas de unos cincuenta años, que también llevan el nombre de su descubridor, son los «ciclos largos o de larga duración». Todavía distinguen los economistas una pulsación más amplia, una tendencia secular de los precios (trend). Las gráficas de precios señalan a escala internacional el paso de una fase de expansión a otra de depresión. Schumpeter ha relacionado los períodos de expansión con las innovaciones técnicas, que terminan agotándose, hasta que otra innovación provoca un nuevo impulso: el ciclo 1789-1848 sería el de la revolución industrial y el vapor; el ciclo 1848-1896 el del ferrocarril y el acero; el tercero nos introduce en la era del automóvil, la electricidad y las industrias químicas. Prolongando este análisis tendríamos que hablar de energía atómica, cibernética y conquista del espacio (44).

La distribución de excedentes es otro aspecto esencial de la economía de una civilización. «El despilfarro de estos excedentes ha sido una de las condiciones indispensables para el lujo de las civilizaciones, para ciertas formas del arte. Al admirar, hoy en día, esta arquitectura, aquella escultura o aquel retrato, contemplamos también, sin ser siempre conscientes de ello, el tranquilo orgullo de una ciudad, o la vanidosa locura de un príncipe, o la riqueza recién estrenada de un comerciante banquero», ha escrito Braudel (45). La distribución desigual y la consiguiente acumulación —en monarcas, iglesias, aristócratas o acaudalados burgueses— han permitido el desarrollo de actividades no vitales, pero que se han convertido en el brillo de las civilizaciones. Sobre el lujo y su papel histórico han escrito páginas sugerentes Sombart, Von Martin, o historiadores del arte como Hauser y Bruno Zevi. Maravall ha referido el mundo social de «La Celestina» a la «fase de los múltiples desplazamientos de la riqueza que se dan en el siglo xv», el auge económico provocado por el comercio marítimo, a la economía dineraria, a la ostentación y lujo en unas ciudades que crecen (46). La obra genial está estimulada por una atmósfera en la que las profundas mutaciones de la vida económica provocan cambios de mentalidad y conflictos de valores tradicionales y nuevos.

4. Sociedad

En algunos autores se utiliza la palabra sociedad como sinónimo de civilización, es el caso de Toynbee. Sin embargo, en un estudio histórico no deben confundirse; la civilización es más amplia de duración y contenido. A pesar de las distintas magnitudes, sin un análisis de la sociedad no puede comprenderse una civilización. Las formas sociales pueden referirse a un pueblo (sociedad china), a una religión (sociedad brahmánica), a una época determinada

(sociedad feudal), a una concepción de los grupos sociales que puede cambiar con una revolución técnica (sociedad estamental y sociedad de clases).

No se omiten del todo en una historia de las civilizaciones los procesos políticos, pero no deberían detenerse en el nivel fáctico, sino elevarse al plano de los modelos o las estructuras; por ejemplo, no interesa de la civilización bizantina el nombre y sucesión de las dinastías, sino la concepción de la realeza y el funcionamiento de los órganos de gobierno, de la misma manera que debe analizarse la democracia ateniense o el estado del siglo xvii. Es la sociedad política, entendida como una realidad dialéctica de principios teóricos y conflictos de grupos, la que ha de ser examinada.

La presencia o ausencia de ciudades es otro rasgo distintivo de una civilización. Las polis griegas, el desarrollo de las ciudades en la baja Edad Media con los intensos cambios económicos y sociales que provoca, la expansión de las megalópolis en la civilización industrial, son procesos que exigen un examen atento. Relativamente escasa ha sido la atención que se ha prestado a los fenómenos que se reflejan en el crecimiento de las ciudades. La cada vez más abundante bibliografía sobre el tema y los congresos sobre historia de las ciudades prometen que será corregido el olvido.

Durante siglos se ha hecho historia de élites, de grupos dirigentes. Una exigencia más radical de conocimiento de la realidad reclama la atención a los diversos grupos sociales. En principio nos parece menos comprometido hablar de grupo que de clase, porque esta de-

(43) Maurice Niveau: «Historia de los hechos económicos contemporáneos». Barcelona, Ariel, 1971, p. 125 y ss.

(44) *Ibidem*, p. 137.

(45) Braudel, o. c.: «Las civilizaciones actuales», p. 30-31.

(46) J. A. Maravall: «El mundo social de 'La Celestina'». Madrid, Gredos, 1972, p. 59 a 78.

nominación no debería aplicarse antes de la revolución industrial. Marx entendía que la clase venía dada por la relación con los medios de producción: unos poseen esos medios y otros solamente poseen su fuerza de trabajo. No obstante estas diferencias que hacen referencia a la propiedad no surgen con el capitalismo. Ahora bien, ¿puede definirse un grupo social sólo por categorías económicas de propiedad? Los grupos sociales se definen también por su nivel político —acceso a los centros de decisión— y por su nivel ideológico —el cual depende en gran parte de su situación cultural—. Pero no se trata de realidades estáticas, como sillares de un edificio que cimentan el orden social, sino de realidades dinámicas en tensión conflictiva; los grupos se parten, se sale de ellos, surgen nuevos grupos. Poulantzas habla de estos procesos constantes de «descomposición» o transformación (47). La mutabilidad de los grupos sociales complica el examen de una sociedad, ha de atenderse a su estructura y a sus variaciones y conflictividades.

Para la delimitación de un grupo Kula propone cinco criterios:

1. Propiedad, posesión de fuerzas productivas.
2. Renta (magnitud o carácter).
3. Participación en el poder.
4. Estima social.
5. Modo de vida (costumbres, cultura).

En algunos casos estos criterios se superponen. Witold Kula cita el caso de la nobleza polaca del siglo xvi. «En la Polonia de fines del siglo xvi la nobleza ostenta el monopolio de la propiedad de la tierra (de la que casi se ha desposeído ya a la burguesía), tiene una participación extremadamente importante en el reparto de la renta social, cuyas diferencias son muy grandes (el proceso de proletarianización de una parte de la nobleza aún apenas se esboza), disfruta del pleno monopolio del poder (dominio abso-

luto sobre el campesinado y control de la administración comunal), cuenta con la garantía jurídica de su posición y con la estima social aún no mermada por la ideología, y se diferencia absolutamente por su modo de vida (las diferencias en el seno de la nobleza son a este respecto muy insignificantes en comparación con el siglo xviii, por ejemplo)» (48).

Para el estudio de los grupos sociales el historiador tiene que echar mano del aparato metodológico de la sociología. El sociólogo estudia: a) la estructura, entendida como una malla determinada de relaciones; b) la distribución de la población dentro de la estructura, pormenorizando las actividades productivas; c) los conflictos evidentes o latentes; d) las prácticas de clase, que suponen hábitos y tabúes (49). A los cinco puntos propuestos por Kula habría que añadir dos: función (profesión, trabajo) y conflictividad.

5. Mentalidad

Cada época y cada pueblo poseen una imagen del mundo y del hombre y una escala de valores; psicología colectiva, mentalidad, utillaje mental, han sido expresiones para describir esta dimensión, la más permanente y la más específica de una civilización. Las actividades más elevadas y las relaciones cotidianas están informadas en gran medida por esta estructura colectiva.

La obra de arte es no sólo creación individual, sino también producto social o de época. No puede entenderse la pintura de Picasso sin tomar conciencia de los profundos cambios que en la concepción de la naturaleza y el hombre han provocado los avances de la física y la medicina. Al historiador no le interesa de la pintura de Rembrandt el aparato técnico de pigmentos o de preparación de la tela tanto como las concepciones filosóficas sobre la vejez y el mundo declinante del barroco que se refle-

jan en los retratos del inmortal pintor holandés. El estudio social de Hauser —o los enfoques de Huyghe— responden a estos criterios de radiografía de época.

Ningún rasgo de la mentalidad ofrece la importancia perdurable que la religión desempeña en cualquier civilización. Ningún movimiento artístico, escuela filosófica o sistema político ha penetrado de forma más honda en las entrañas de una sociedad, ni, especialmente, ha mantenido su vigor a través de los siglos, como los fenómenos religiosos. Toda la civilización occidental está penetrada por los principios éticos y teológicos del cristianismo; el budismo y el confucianismo son carriles permanentes de las civilizaciones orientales; la doctrina de Mahoma sostiene todavía la arquitectura política y social del mundo árabe.

Tradiciones y costumbres, sistemas de educación, postulados científicos, suelen presentar un carácter hermético —se dejan penetrar y modificar con obstinada resistencia—, y una perdurabilidad típica de los procesos de larga duración. Gordon Childe incluye todos los aspectos de la conducta humana que no son instintos. «Cultura es todo aquello que los hombres adquieren de la educación, de la sociedad humana, más que de la naturaleza o del medio infrahumano. Incluye el lenguaje y la lógica, la religión y la filosofía, la moral y el derecho, así como la fabricación y el uso de utensilios, ropas, casas e incluso la selección de los alimentos para comer. Los hombres deben aprender todo esto de sus semejantes... Todas estas normas pertenecen a la tradición colectiva, acumulada y conservada

(47) Nicos Poulantzas: «Poder político y clases sociales en el estado capitalista». Madrid, Siglo XXI, 1972, p. 95.

(48) Witold Kula: «Problemas y métodos de la historia económica». Barcelona, Península, 1973, p. 389-390.

(49) Ignacio Fernández de Castro y Antonio Goytre: «Clases sociales en Eshaña en el umbral de los años 70». Madrid, Siglo XXI, 1974, p. 19.

por la sociedad en la que nace el ser humano» (50).

Raras veces la obra literaria es un producto de evasión, sin contacto con la realidad. El escritor es un testigo de excepción de la época en que vive; más que acontecimientos refleja, a veces de manera inconsciente, valores y fenómenos sociales. La sublimación de la realidad, la envoltura poética, el afán estético son veladuras que el historiador ha de traspasar para llegar a la entraña, a los acontecimientos que han impresionado al escritor, a su escala axiológica, a las raíces de sus opiniones. El juicio de Seignobos, «las obras literarias no contienen casi noticias de historia social», hoy no podría ser suscrito. Algunos años antes Azorín había afirmado: «Hay en las obras literarias de una época, aparte de la pintura de costumbres, frases sueltas, incisos, escenas apenas esbozadas que arrojan luz, sin que se lo proponga el escritor, sobre todo un aspecto del estado social» (51). Sánchez Albornoz ve en el poema del Cid el reflejo de la democracia guerrera de Castilla. La descripción de Boccaccio en la introducción a «El Decamerón» es una estampa desgarrada de la epidemia de peste negra que asoló a Europa en 1348. Las repercusiones sociales de la revolución industrial pueden leerse con toda claridad en la novelística de Dickens.

Los grandes escritores han tomado postura ante la realidad que les tocó vivir. ¿Se puede prescindir de Galdós si se estudian las clases medias del siglo XIX, o de Valle-Inclán si se indaga en el declinar de la nobleza? ¿O de las referencias al anarquismo y al mundo de los suburbios urbanos que se retratan en muchas páginas de Baroja? ¿O de la multiplicidad de estampas sociales que entrañan las novelas de Blasco Ibáñez, o de la dimensión de radiografía social que constituye «La Regenta», de Clarín? (52). ¿Se ha escrito testimonio más sombrío sobre el campesino gallego que el «Catecismo

do labrego», que Lamas Carvaljal escribe bajo el pseudónimo de fray Marcos da Portela?

Los géneros realistas ofrecen ángulos inesperados cuando se les considera como testimonios de época; así han estudiado la novela picaresca Félix Brun y Charles Aubrun. En las obras maestras de la literatura se reflejan problemas y valores; Pierre Vilar desde un ángulo (53) y Ricardo Aguilera desde otro (54) lo han señalado en «El Quijote»; el estudio magistral de Maravall sobre «La Celestina» ha esclarecido su dimensión de radiografía del siglo XV castellano (55).

La ciencia y los presupuestos epistemológicos sobre los que se apoya la investigación, la taxonomía de valores que informan las relaciones sociales y las costumbres, el arte, la filosofía, la religión, son manifestaciones de psicología colectiva, dimensiones claves de una civilización. Algunas de estas manifestaciones ofrecen un sentido lineal, así la ciencia y la técnica, que parten de los avances de épocas anteriores, son saberes acumulativos; otras, como el arte, la literatura o la filosofía, no permiten pensar en la linealidad del progreso, sino en la eterna transformación del espíritu, en la ilimitada capacidad de variación de la sensibilidad. Los términos de coyuntura y estructura, que se utilizan predominantemente en historia económica, podrían aplicarse a estos otros aspectos de la historia de las civilizaciones. Los «ismos» artísticos, y, en general, muchas denominaciones de movimientos culturales, «Manierismo», «Barroco», señalan coyunturas culturales, espacios breves en la vida de una civilización; la religión, que ofrece una homogeneidad y una perdurabilidad de siglos, correspondería a las estructuras —como el espacio—, al plano del «no acontecer», a lo que Braudel ha denominado tiempo largo de la historia. Permanencia y cambio, en las civilizaciones se conjugan factores de identidad y dinamismo.

III. HACIA UNA CIVILIZACIÓN UNIVERSAL

Unas breves consideraciones justificativas del papel de la historia en la educación de los adolescentes, para terminar.

El espectáculo de las civilizaciones no debe hacernos olvidar la profunda unidad de la especie humana; este sentimiento solidario está abonado en el mundo de hoy por el vertiginoso avance de los medios de comunicación y el empujamiento aparential del mundo. René Maheu, ex director general de la UNESCO, eligió como título para una antología de textos suyos el expresivo de «La civilización de lo universal» (56). Inspirado por esta concepción unitaria de la aventura humana, escribía en el prólogo de una «Historia de la Humanidad»: «El reconocer la pluralidad de las civilizaciones no significa negar ni la continuidad ni la solidaridad del desarrollo humano; el estudio de las interrelaciones, a través del tiempo y del espacio, de las ideas, de los valores y de las técnicas, restituye esta solidaridad y esta continuidad (...). Igualmente, tomar conciencia de la singularidad de las obras y de los símbolos de cada civilización no significa contradecir la universalidad del espíritu» (57). Todo hecho cultural o científico es una reflexión del

(50) Gordon Childe, o. c., p. 41.

(51) Azorín. En España. 31 de enero de 1904. Recogido en «Los pueblos. La Andalucía trágica y otros artículos». Madrid, Castalia, 1974, p. 50, por José María Valverde.

(52) El primer estudio sobre esta obra clave fue el de Jean Becarud: «La Regenta de Clarín y la Restauración». Madrid, Cuadernos Taurus, 1964. Hoy su metodología está superada; es de esperar que se afronte de forma más ambiciosa un análisis de «La Regenta», como testimonio social.

(53) Pierre Vilar: «El tiempo del Quijote», en *Crecimiento y desarrollo*. Barcelona, Ariel, 1964, p. 431 a 468.

(54) Ricardo Aguilera: «Intención y silencio en el Quijote». Madrid, Ayuso, 1972.

(55) Maravall, o. c. (v. nota 46).

(56) René Maheu: «La civilización de lo universal». Madrid, *Revista de Occidente*, 1966.

(57) *Ibidem*, p. 286.

hombre sobre sí mismo y un ejercicio de sus capacidades, y las vicisitudes de la historia no constituyen más que episodios de la empresa de una especie inteligente sobre la tierra.

Con la aceleración de la historia hemos desembocado en el cambio continuo, que puede dar la sensación de que no existe nada definitivo, ningún valor universal, ningún principio inconvencible. En un siglo al que Boulding ha apellidado «la gran transición» (58), parece postularse que ninguna cadena nos ata al pasado, de la misma manera que todo lo actual se difuminará en los umbrales del futuro. Se podría replicar que el presente absoluto no pasa de ser un espejismo; incluso la matemática, cuya trascendencia se pondera con constancia cotidiana en la era cibernética, ha de asomarse a civilizaciones distantes de siglos y apoyarse en Pitágoras, Euclides o Tales. El hombre de hoy es no sólo inevitablemente compañero de los hombres de hoy, sino también de los que animaron las civilizaciones del pasado y de los que animarán las civilizaciones futuras. En la tarea educativa la historia de las civilizaciones puede jugar un papel inexcusable. El antropólogo Ashley Montagu, alarmado por la violencia de nuestro tiempo, ha postulado como única salida para una civilización sin rumbo la necesidad de la solidaridad: «¿De qué vale toda la instrucción del mundo si no está acompañada e integrada por la comprensión de la responsabilidad del hombre hacia el hombre? Un enfoque totalista y humano, además de científico, de la educación debe partir del supuesto de que los valores tienen que ser puestos a prueba, a la larga, por su capacidad para contribuir a la felicidad y el espíritu creador de los seres humanos que viven juntos» (59).

Oteamos, por vez primera en la historia, la pluralidad de civilizaciones de nuestro planeta, pluralidad que no debe desapa-

recer; la diversidad de lenguas, manifestaciones artísticas, concepciones sociales, etc., constituye una de las riquezas más preciosas del hombre; pero, por otra parte, entrevemos relaciones profundas y problemas comunes. Desde la revolución industrial, la técnica europea se ha adueñado del mundo (sin embargo, la asunción de avances técnicos no debería implicar la renuncia a otros valores, porque la pérdida de identidad de las culturas sería una catástrofe). Al tiempo que han aumentado las posibilidades de dominio de la naturaleza se han agravado los problemas; su solución exige decisiones a escala planetaria. Ya no son sólo universales las técnicas, sino también las contradicciones.

¿Qué problemas amenazan hoy a todas las civilizaciones que cohabitan en el mundo? Es el fundamental el agotamiento de los recursos naturales. Algunos componentes del aire, indispensables para la vida, como el krypton, el argón, el neón, se eliminan a un ritmo superior al de su reposición. Las grandes extensiones de agua de océanos y mares, que actúan como elementos filtrantes y liberan oxígeno por la acción del fitoplankton, empiezan a estar contaminados y a alterar sus propiedades; muchos ríos han perdido su potencial de recuperación bioquímica; el agua potable comienza a escasear en algunas zonas de la tierra. La capacidad de producción de alimentos de los campos es limitada y el ritmo de crecimiento de la población es más rápido; las fuentes de energía y algunos minerales anuncian un agotamiento a plazo fijo si se mantiene el actual ritmo de explotación. Ninguno de estos problemas puede ser solucionado por un pueblo solo, ningún axioma axiológico de una sociedad puede justificar que continúe una explotación irracional.

También la degradación de las tierras se acelera por la acción de una serie de procesos: uso de detergentes, polución

provocada por la lluvia radioactiva, tala de bosques, modificación de la superficie por una urbanización omnipotente. No es menos acusada la degradación de los grupos humanos, con la concentración excesiva de la población y la atrofia de la sensibilidad estética y ética.

Son problemas mundiales, cuya solución exige un esfuerzo mancomunado y probablemente la aparición de una disciplina que los afronte de forma unitaria (60), o un nuevo humanismo, que defienda como postulado básico la solidaridad. Las civilizaciones han asumido siempre las herramientas que les han sido útiles; el mundo occidental no rechazó el cristianismo, ni el álgebra, ni la imprenta. El peligro que se presenta hoy es el de la asunción excesivamente rápida por los países nuevos de los módulos y valores de los superdesarrollados, con todos los inconvenientes que comporta una tecnolatría deshumanizada. A la expectativa del nacimiento de alguna disciplina que se planteen de manera global el mundo en que vivimos, la historia de las civilizaciones puede ayudarnos a entender la diversidad y el sentido de la aventura y el riesgo mundial de una civilización técnica. Y en una época de creciente perfección de las máquinas contribuir a que el hombre que las inventa y maneja se conozca mejor. Con palabras de Ashley Montagu, «todos los seres humanos son un problema en busca de solución. Debemos formularnos la pregunta de si queremos seguir siendo parte de un problema o si nos convertiremos en parte de la solución».

(58) Boulding: «El significado del siglo xx (la gran transición)». México, Uteha, 1966.

(59) Ashley Montagu: «Qué es el hombre». Buenos Aires, Paidós, 1969, p. 123.

(60) El arquitecto Antonio Lamela ha propuesto el nombre de «Geóismo» para esta disciplina en su libro «Geóismo y cosmoísmo». Vitoria, Horacio Fournier, 1976. En él se desarrollan de forma lúcida los problemas más graves que apremian hoy a todos los pueblos.